

Cuando Nancy conoció a Philip Ames, él ni siquiera la miró. Por supuesto, realmente no puedes culparlo. Después de todo, solo tenía quince años, era solo una niña. Pero eso fue el año pasado, y esta vez fue diferente.

La familia de Nancy regresó a Beaver Lake durante el verano, y ella estaba ansiosa por saber si Philip Ames todavía tenía su cabaña en el camino.

Hedy Schuster dijo que el señor Ames vivió en la cabaña todo el año. Todo el mundo sabe el frío que hace en el lago en invierno, prácticamente fuera de este mundo. Pero Hedy Schuster lo sabía porque habló con el señor Prentiss en la tienda y él se lo dijo. Ese Prentiss era como una anciana, tenía su nariz metida en los asuntos de todos.

En la primera oportunidad que tuvo, Nancy dio un paseo por la carretera pasando por la casa de Philip Ames. La puerta estaba cerrada y había cortinas en las ventanas, por lo que no vio nada. Pero claro, el señor Ames no andaba mucho durante el día. Prácticamente era un ermitaño. Hedy Schuster dijo que era porque estaba escribiendo la tesis de su doctorado para la universidad. Solo se mostraba por la noche.

—Pero, después de todo, ese es el mejor momento, ¿no? —dijo Hedy Schuster.

Era muy propio de ella hacer un comentario tan alusivo a Nancy, sabiendo cómo reaccionaría. No es que Nancy haya tratado de ocultar lo que sentía por Philip Ames. ¿Por qué debería? En definitiva, ella tenía dieciséis años, tenía una mente propia. Y Philip Ames era realmente algo interesante.

A Nancy siempre le gustaron los hombres altos y Philip Ames era absolutamente escultural. Tenía un cabello negro delicioso, ojos oscuros y su piel era extremadamente blanca. Eso se debía, tal vez, a que no había sol en el lago. Se preguntó cómo se vería en ropa interior y si volvería a pasar mucho tiempo con sus padres este año. Fue muy amigable con ellos la última temporada. Parecía gustarle Ralph, pero claro, a todo el mundo le gustaba su padre. Y Laura se alegraba de tener compañía.

Por supuesto, si su madre sospechaba siquiera la reverencia que sentía por ese hombre se pondría realmente furiosa. Pero ella no necesita saberlo todavía. No, a menos que Hedy Schuster la delatara, y sería mejor que no lo hiciera o Nancy la mataría.

Hedy conocía a algunos chicos al otro lado del lago, y quería que Nancy tuviera una

cita doble alguna noche, pero las primeras noches se quedó en la cabaña. Por supuesto, esperaba que Philip Ames viniera y se vistió con mucho cuidado; nada de calcetines ni cosas de niños, solo sus mejores pantalones y uno de esos suéteres deliciosos que Laura le compró en Saks. Esos suéteres realmente hicieron algo por su figura, y era hora de que el señor Philip Ames se enterara.

Pero él no vino. Pasó casi una semana y Nancy se estaba volviendo loca porque Hedy no paraba de decirle lo que se estaba perdiendo.

Finalmente Philip Ames se acercó. Era incluso mejor de lo que recordaba, se había olvidado por completo de esa voz profunda suya. La voz de un hombre real, y no se reía todo el tiempo como esos repulsivos jóvenes por los que Hedy estaba tan emocionada. Realmente era reservado; se notaba que era profundo. Se alegró de ver a Ralph y Laura, pero no sonrió.

Entonces Laura dijo:

—¿Te acuerdas de Nancy? ¿No es así, Phil? —y él la miró, asintió y luego se limitó a mirar.

Honestamente, le produjo escalofríos. Pensarías que era una simple bebé, parada allí y tratando de no sonrojarse. Pero él no pareció darse cuenta de eso. Sin embargo, notó otras cosas, porque cuando todos salieron al porche y se sentaron, él se sentó a su lado y le hizo todo tipo de preguntas.

No es que intentara ser cortés. Nancy pudo notar la diferencia. Por primera vez la miraba como a una mujer; ella lo sabía; y nunca lo olvidaría, nunca. Algún día ambos recordarían este momento juntos. Algún día.

Ralph y Laura seguían interrumpiendo a Philip con preguntas sobre su tesis. Dijo que esperaba terminarla este verano. Entonces Ralph insistió en contarle sobre su antiguo trabajo en la construcción, y Nancy supo que él solo estaba soportando la situación. Realmente no estaba interesado en nada.

Philip le preguntó por qué no estaba muy bronceada, y ella dijo que no iba a salir mucho.

—No sé qué le ha pasado —intervino Laura—. Se pasa todo el día deprimida por la cabaña, leyendo. Desearía que tomara un poco de aire fresco.

—¡Oh, Madre! —dijo Nancy.

Parecía que Laura estaba hablando de una niña de diez años o algo así.

—Yo no salgo mucho estos días —dijo Philip, rescatándola—. Nosotros, los estudiantes serios, tenemos que mantenernos unidos. ¿Qué te parece si vamos a caminar por la noche? ¿Te gustaría ver qué está pasando en el pabellón al otro lado del lago, Nancy?

¿Qué si le gustaría? Se imaginó la mirada de Hedy Schuster cuando apareciera con Philip.

—¿No habrá objeciones, espero? —Philip preguntó a Ralph y Laura.

Por supuesto, nadie objetó nada.

—Nos vemos a eso de las ocho, entonces.

Eso fue todo lo que importaba. Por supuesto, Ralph tuvo que bromear con ella más tarde sobre su nuevo novio, y la tarde siguiente Laura le hizo prometer de rodillas que volvería antes de las once.

—Después de todo, realmente no sabemos mucho sobre el señor Ames. Parece un joven muy bueno, pero...

—¡Por favor, madre! Espero que no me hables de las abejas y las flores.

Laura parecía un poco sorprendida, pero no dijo nada más, y Nancy volvió a trabajar en su cabello.

Apenas tuvo tiempo para cenar. Su cabello no era lo suficientemente largo para un peinado ascendente todavía, pero agregó años a su apariencia y valió la pena. Después de todo, Philip era mayor. ¿Veintisiete? ¿Veintiocho? Ciertamente no tenía treinta. Quizás ella podría preguntarle esta noche. O en un par de noches. Porque habría noches más agradables. Todo el verano les esperaba. Su verano.

A las ocho menos cuarto, Nancy estaba en el porche, esperando. Sería infantil tirar de esa vieja tontería de no estar lista. Philip no se merecía ese trato. Así que ella estaba lista cuando él subió por el camino.

—Buenas tardes, cariño.

Sí. Lo dijo: cariño. Nancy se alegró de que no pudiera ver su rostro claramente en las sombras. El sol se estaba poniendo.

Ella comenzó a caminar por el camino para unirse a él.

—Estoy lista —dijo.

Philip retrocedió y miró hacia abajo.

—Yo... lo siento —murmuró—. Vine para decirte que no puedo salir esta noche. Algo surgió de repente.

—¡Oh!

—Espero que entiendas.

¿Por qué la estaba cancelando? ¿Cuál era el problema?

—Bueno, tengo que irme ahora. En otro momento, tal vez.

Nancy se quedó allí con la boca abierta. Se sintió rechazada. De todos modos, ¿quién creía que era? ¿Estaba loco?

Quería decir algo pero no parecía ser capaz de pensar. Todo el asunto la puso tan furiosa que casi lloró. Se le llenaron los ojos de lágrimas y vio que Philip se alejaba. La luna estaba saliendo sobre el lago ahora, cortando la oscuridad. Philip desapareció por el camino.

De repente ella notó que esta cosa volaba bajo, junto a los árboles. Chilló y pasó por encima de su cabeza.

Venía directamente de donde había estado Philip, y cuando se acercó pudo olerlo, y vio sus pequeños ojos rojos y brillantes.

Era un murciélago.

Nancy no gritó. No emitió ningún sonido, solo corrió directamente a la casa y subió al dormitorio. No empezó a llorar hasta que su boca mordió la almohada.

Laura había estado realmente entusiasmada con todo el asunto. Ella no dijo una palabra. Fingió que ni siquiera se había dado cuenta. Nancy habría muerto si lo hubiera hecho.

Además, ¿qué podía decirse?

El rechazo no fue tan malo. Nancy superó eso. Pero cuando estaba acostada en la cama, en medio de la noche, se le ocurrió la otra idea, algo que ni siquiera se atrevía a susurrar. Pero tenía que ser así. Él no podría haberla dejado plantada en el impulso del momento. Quería estar con ella.

Oh, estaba siendo tonta. Asustada de un murciélago. Solo porque Philip Ames vivió allí

todo el año y nadie lo vio durante el día y rompió una cita cuando salió la luna y, de repente, apareció este murciélago...

Quizás alguien sepa algo. Ese anciano de la tienda, el señor Prentiss. Por supuesto que no podría ir directamente a preguntarle eso. Entonces Nancy pensó en una forma. A la mañana siguiente, bajó a la tienda.

—Vamos a invitar al señor Ames a cenar esta semana y mamá quería saber si hay algo especial que le pueda gustar, ya sabe, algún tipo de comida enlatada.

El señor Prentiss lo dijo entonces. Ella sabía que lo haría.

—Nunca lo he visto por aquí.

Sí. Philip Ames vivía aquí todo el año, pero nunca salía durante el día. Y nunca compró comida. Nunca. Pensándolo bien, Nancy nunca lo había visto comer nada.

Eso era una prueba. Pero... tenía que estar segura. Necesitaba más evidencias.

Por la tarde, Nancy pautó una cita con Hedy Schuster para visitar a los chicos del otro lado del lago. Estaba contenta, porque cuando llegó a casa después del anochecer, Ralph dijo que había conocido a Philip, y que éste vendría a la noche.

Así que Nancy pudo decirle que ya tenía una cita y que no estaría allí porque simplemente no podía romperla. Sí, estaba contenta. No podía enfrentarse a él esa noche, después de lo que pasó, y después de lo que había estado pensando.

Además, todo eso significaba que esta noche tendría buenas posibilidades de hacer lo que planeaba. Si Philip estaba fuera, podría ir a la cabaña.

No fue fácil. Hedy estaba lista para explotar cuando Nancy canceló la salida. Pero no hizo ninguna pregunta, y solo eran alrededor de las nueve cuando Nancy pasó a hurtadillas por la casa.

Philip estaba allí. Nancy subió por el sendero y luego fue a su casa. Estaba oscuro y había nubes sobre la luna. Casi se cae de bruces antes de llegar a la puerta. De todos modos, estaba cerrada. Pero la ventana estaba abierta. Nancy quitó la pantalla y se arrastró hacia dentro.

La cabaña era solo una cabaña. Tenía una linterna tipo lápiz y la mantenía baja mientras miraba a su alrededor. Pero no había nada que ver. ¡Nada!

Por supuesto, no se había dormido en la cama. Al menos, estaba bastante bien hecha para un hombre. Y no tenía platos ni cosas. Ni siquiera una estufa de campamento.

Había trajes en el armario y un cajón lleno de ropa. A Nancy le dio una sensación extraña al abrir su escritorio y sentir las camisas, los calcetines y esas cosas, todos tirados en pilas. La mayor parte era nueva.

No había ningún espejo sobre el escritorio. No había espejo en el baño ni en ningún otro lugar. Por supuesto que no lo habría...

Pero tenía que estar segura.

Nancy finalmente se acercó a la mesa de trabajo. Sobre ella había una máquina de escribir y una gran pila de manuscritos a un lado. Quizás estaba escribiendo una tesis, después de todo.

Revolvió la pila de papeles, buscando la página del título. Allí estaba: Algunas notas sobre el enfoque empírico de la demonología en el mundo moderno.

De alguna manera, eso la sorprendió más que cualquier otra cosa. Todo parecía encajar. Demonología. En el mundo moderno, hoy. Estaba escribiendo sobre demonios y... cosas.

Nancy sabía que ahora tendría que hacer algo, decírselo a alguien.

Bien, después de que Philip se fuera, se lo diría a Laura. Le diría que Philip no comía, que no había espejos en su cabaña, que estaba tan pálido como un fantasma, que nadie lo veía durante el día y que un murciélago... En fin, diría que Philip era... un vampiro.

Nancy nunca supo cómo se las arregló para pasar esa noche después de contárselo a Laura, cuya reacción eventualmente terminó en la inexpresividad. Si Laura quería tomárselo así, perfecto. Algunas personas se sienten demasiado superiores. Pero Nancy no se detendría ahora. No podía. Si su propia madre actuaba de esa manera, ¿cómo podía esperar que alguien más...?

Solo quedaba una cosa por hacer. Por lo menos Laura no diría nada, definitivamente no se atrevería.

Así que la noche siguiente, cuando se enteró de que Philip volvería a pasar por su casa, Nancy se excusó justo a tiempo. Esperó fuera hasta que vio a Philip subir por el camino. Estaba nublado de nuevo. Luego se dirigió directamente a la cabaña por el camino. Después de que terminó allí, Nancy regresó a casa. Philip seguía hablando con Laura y Ralph. Podía oírlo a través de la ventana.

—Le tienes miedo a la oscuridad, ¿no es así?

»Sé todo sobre ti. Tenías miedo a la oscuridad cuando eras un niño. No por los ladrones o asesinos. Los niños no piensan en esas cosas. Tenías miedo de la oscuridad a causa del Bogey Man. Es el término que usaron tus padres. Uno de esos términos inteligentes, sofisticados y adultos, diseñados para ocultar el terror detrás de él. Pero el terror existe.

»Porque, cuando eras un niño, sabías cómo era el Bogey Man. Lo veías en tus sueños, esa cara negra, sonriente, de ojos rojos y malvados. Oías su voz zumbante murmurando para ti en sueños, cuando tenías pesadillas, y te despertabas gritando por tu madre.

»Admítelo. Gritaste, ¿no? Y ahora que eres mayor, te ríes de eso. Ahora te avergüenzas de tu miedo. Pero... todavía tienes miedo. Es posible que hayas aprendido a burlarte de la brujería y la demonología. Lees explicaciones científicas ingeniosas que descartan las fobias básicas con una frase psiquiátrica. Mitología, folclore, ignorancia primitiva: eso es lo que son los cuentos de brujas y magos. ¿No es así? No hay Satanás, no hay infierno.

»Sin embargo, de alguna manera, no puedes mantenerte alejado de esos pensamientos. Comprarás libros sobre lo sobrenatural y verás películas de terror, visitarás espiritistas, escucharás historias de fantasmas, hablarás de tus sueños y especularás sobre la leyenda de Fausto. Incluso aunque sepas los argumentos que has aprendido, no puedes mantenerte alejado de los misterios. Y muy a menudo te encontrarás en la oscuridad con un miedo profundo.

»Porque sabes que es verdad. Hay tales cosas, tales fuerzas, tal maldad ¡Y el Bogey Man te atraparé si no tienes cuidado!

Philip se rio.

—Ahora, frente a todo eso, ¿es tan difícil para ti entender por qué tu hija podría pensar que soy un vampiro?

Todos rieron. Pero Nancy no se rio. Se agachó debajo de la ventana y se mordió el labio.

Laura había abierto su boca después de todo. ¡Y a él! Probablemente ya se lo habría dicho todo; sobre la comida y el murciélago y todo lo demás. Y ahora lo estaban pasando genial.

—¡Malditos sean! —murmuró.

Escuchó a Philip levantarse y acercarse a la ventana. Era inútil intentar esconderse. Nancy se acercó y abrió la puerta.

—Bueno, hola, querida.

—Nancy, ¿volviste tan pronto?

Todos le sonreían a la vez. Ella no podía mirarlos. Philip tenía una gran sonrisa en su rostro, y por primera vez notó sus dientes, sus dientes grandes y blancos; los puntos ocultos bajo sus carnosos labios rojos. Eso fue todo lo que pudo ver: los dientes de Philip, brillando.

Nancy hizo la señal de la cruz y corrió sollozando a su habitación.

Al día siguiente, Laura le dijo que estaba actuando como una niña. Ella simplemente los había avergonzado hasta la muerte.

—¿Pero por qué tuviste que contárselo? —Nancy quería saber.

—Porque él nos lo pidió.

—¿Les preguntó?

—Sí. Alguien le dijo que estabas haciendo preguntas sobre él en la tienda.

Así que eso fue todo. Por eso había mencionado al Bogey Man y todo eso. Oh, era inteligente, de acuerdo. Haciéndoles pensar que solo estaba haciendo cosas de niños. Haciéndolos reír de ella.

Después de eso, no sirvió de nada hablar con Laura.

Nancy se sentó bajo los árboles durante mucho tiempo esa tarde, solo tratando de pensar.

Después de todo, podría haber cometido un error. Había muchos murciélagos volando alrededor al atardecer. Un hombre no tiene que quedarse y comer solo en su casa, siempre puede comer en los restaurantes. Tal vez trabajó todo el día en su tesis. No es necesario ser un vampiro para escribir sobre demonología. Muchas personas tienen dientes blancos relucientes. Y nadie había sido mordido en la garganta, ni muerto, ni cosas así...

Pero algo andaba mal. Ella lo sentía. Nancy sabía lo que pensaba Laura... que ella estaba enojada porque Philip la había ignorado en la cita, y que tal vez había estado leyendo demasiadas tonterías, que lo inventó todo solo para que Philip se fijara en ella.

Bueno, era cierto. Ella quería que él la notara. Era el hombre más atractivo que había

conocido. Si tan solo no fuera cierto. No puede ser cierto. Pero Philip no tenía espejos...

Siguió así durante horas. Estaba oscureciendo antes de que se recompusiera. Laura y Ralph ya estarían preparando la cena.

Nancy se levantó y echó a andar por el sendero cerca del lago. Tenía los nervios de punta; las sombras seguían alargándose, y ella caminaba rápido. De repente, algo salió de las sombras más adelante. Nancy casi emitió un grito.

—¿Te asusté?

Estaba parado ahí.

—Lo siento, no quise asustarte, querida.

Solo estaba parado ahí, sonriéndole.

—He estado en tu casa, buscándote.

—¿A mí?

—Sí. Quería hablar contigo. Vamos a dar un paseo, ¿de acuerdo?

—Oh, lo siento. Tengo una cita...

—Lástima. Esperaba que pudiéramos juntarnos. No estás enojada conmigo por lo de la otra noche, ¿verdad?

—Para nada.

Nancy no podía descifrar cuál era la partitura. Philip sonaba casual.

Siguieron caminando por el sendero. Ahora estaba oscureciendo y se preguntó si las nubes se levantarían. No es que estuviera realmente asustada, pero...

Philip se estaba frotando el ojo.

—¿Qué pasa?

—Algo me entró en el ojo. ¿Tienes un espejo en tu bolso, querida?

—¿Un espejo?

—Sí. Por favor.

Las manos de Nancy temblaron, pero sacó el espejo y se lo dio.

Él lo miró directamente y se frotó el ojo.

Nancy se inclinó sobre su hombro y vio su reflejo. Tenía un reflejo.

No sabía lo que estaba haciendo, lo que estaba diciendo. Las palabras simplemente salieron de su boca.

—¡Tú... te miraste en el espejo!

Philip sonrió y le devolvió el espejo.

—Claro que sí. Y anoche también encontré esa ramita de cicuta en el pomo de mi puerta. La que dejaste allí cuando te escabulliste antes de entrar en la cabaña para hacerme la señal de la cruz.

—Lo siento, yo...

—¡Oh, no te sorprendas, Nancy! Sé todo acerca de tus ideas. Pensaste que era un vampiro, ¿no es así?

Ella no pudo decir una palabra. Sintió como si se hundiría directamente en el suelo.

Pero Philip sonrió.

—Solo porque trabajo todo el día y como en restaurantes y camino de noche, te preguntaste sobre mí. Mi tesis también te dejó perpleja, ¿no? Pero estás equivocada, ¿sabes? Los vampiros usan capas largas y negras y durante el día duermen en ataúdes o sepulturas. No encontraste capas ni ataúdes cuando registraste mi cabaña.

—Pero yo...

—No estoy enojado contigo, querida. Solo quería que aclararas las cosas. Quería que me dijeras que puedo tocar la cicuta y mirarme en los espejos y todo lo demás.

Nancy apartó la mirada. Las nubes se levantaban de la luna.

—Ya veo —susurró ella—. Supongo que ahora piensas que soy un tonta, Philip.

—Para nada.

Él tomó su mano. La mano de un vampiro es fría, pero su tacto era cálido.

—Creo que eres una chica muy encantadora. Tienes un cabello hermoso. Mira, la luna está saliendo, brillando en tu cabello. Puedo verte ahora. Nancy, ¿ya no me tienes miedo?

—No, Philip. Nunca tuve miedo. No realmente. Yo... creo que Laura tenía razón. Era mi subconsciente.

—¿Subconsciente?

—Sabes, debo haber pensado en todas estas cosas de vampiros solo para que te fijas en mí. Y además, se supone que los vampiros son altos, morenos y apuestos como tú.

Philip la abrazó.

—Eres una chica muy inteligente, Nancy. Muy inteligente. Es una pena que hayas tenido que armar tanto alboroto por nada.

—Pero no quise, de verdad. Y todo ha terminado. Solo Laura y Ralph lo saben.

Philip sacudió la cabeza.

—Me temo que no es tan simple después de todo. Como tirar una piedra a una piscina. Genera ondulaciones.

—¿Ondulaciones?

—Laura y Ralph hablarán con la gente. Una broma, probablemente. Muy pronto la gente empezará a susurrar, a preguntarse. Un extraño siempre es un sospechoso, Nancy. La reputación es algo muy endeble. No sirve de nada, querida. Tendré que largarme de aquí.

Nancy no podía creer lo que oía.

—¿Qué te importa lo que digan? —susurró—. Déjalos hablar. Simplemente nos reiremos de ellos.

—Ya lo creo que me reiré —dijo Philip.

La atrajo hacia él, entre sus brazos, y por un momento Nancy no pudo ver su rostro.

—Lástima que fueras una tonta tan entrometida, Nancy. Pero no puedo dejarte escapar ahora. Lo estropearía todo.

Nancy se apartó, pero él la abrazó con más fuerza.

Él era muy fuerte.

—¡Philip! ¡Suéltame!

Siguió acercándola más, más cerca, no había escapatoria.

La luz de la luna estaba llena en su rostro ahora, y por primera vez Nancy notó el cambio.

—¡Philip, es verdad, entonces! ¡Eres un vampiro!

—Oh no, querida —susurró él—. No soy un vampiro. Solo soy un hombre... lobo.